

# LA PRAXIS DE LA TEORIA CRITICA (\*)

Por RAMON GARCIA COTARELO  
Universidad Nacional de Educación a Distancia

## I. EL MOVIMIENTO ANTIAUTORITARIO

La praxis de la teoría crítica se articula, en la mayoría de los países, en torno a la nueva izquierda, el movimiento estudiantil de los años de 1960 a 1970 y la oposición extraparlamentaria, todos los cuales son, en muchos casos, fenómenos coincidentes. El hilo de oro que recorre estos movimientos es el intento de elaborar una crítica antiautoritaria de la democracia ilusoria en las sociedades industriales avanzadas y de generar una forma nueva de praxis que permita a los seres humanos superar las estructuras sociales de dominación. El fin de todo ello es originar instituciones radicalmente democráticas que conlleven la participación activa de una población madura. La participación es el primer paso en la emancipación de unos ciudadanos infantilizados por el ejercicio absorbente de un poder autoritario en las sociedades industriales avanzadas. Las formas burguesas de dominación en la segunda mitad del siglo xx se orientan en el sentido de la erosión progresiva de las libertades democráticas y el dominio por aplastamiento y manipulación ordinarios. El peso de las cadenas de oro viene acompañado por la influencia masiva en el comportamiento de los ciudadanos. El poder autoritario se hace extensivo y monopolista. La vida cotidiana del ser humano

---

(\*) Agradezco al profesor Julio D. González Campos las sugerencias hechas en la lectura del manuscrito, incluso las más radicales que, siguiendo costumbre inveterada de hacer las cosas mal, he decidido, bajo mi sola responsabilidad, adaptar a mi manera. Incluyo al profesor Tom V. Cahill, cuyos comentarios fueron utilísimos y con quien me une un desacuerdo absoluto acerca de si merece la pena o no entonar el requiem por la teoría crítica.

en el capitalismo tardío se aproxima paulatinamente a la vegetación de las mercancías. En estas circunstancias surge un movimiento antiauthoritario general que, comenzando con los postulados críticos de la negatividad absoluta, trata de ir más allá de estos. Para Mager y Spinnarke, en principio, la oposición del movimiento antiauthoritario a la sociedad existente es de fácil comprensión; se reduce a un funcionamiento insatisfactorio de las instituciones democráticas.

«Los estudiantes demócratas radicales están convencidos de que la sociedad y la política en la República Federal de Alemania, así como en otros países occidentales industrialmente avanzados, no funcionan de modo democrático. Según ellos, la explicación es que la República Federal no ha alcanzado la forma de un Estado social, sino que conserva muchos rasgos del liberalismo del siglo XIX» (1).

Hay aquí, al parecer, una constatación inversa de lo que, a nuestro juicio, es la actitud crítica del movimiento antiauthoritario: éste no es tal, como parecen sostener los autores, porque el Estado burgués no cumpla realmente la evolución que le asignan los libros de texto: de Estado liberal de Derecho a Estado social de Derecho y, finalmente, si acaso, a Estado democrático de Derecho. Por el contrario, equivocadamente o no, la crítica al carácter antidemocrático de las instituciones políticas no es contingente sino que, superando los aspectos políticos y jurídicos formales, trata de probar que, por razón de su desarrollo y necesidad de supervivencia, el capitalismo tardío se ve obligado a adoptar formas cada vez más autoritarias. Ya en sus inicios, la teoría crítica creía encontrar una dinámica fascista intrínseca en las democracias liberales (2). Así, muchas veces, el movimiento antiauthoritario que aquella origina, reivindica derechos burgueses radical-democráticos que no es que padeczan falta de desarrollo, sino que la burguesía simplemente suprime. Es un modo específico de oponerse al siempre temido resurgir del fascismo y de mantener viva la tradición frontepopulista. Susanne Kleemann recuerda que éste fue el origen del movimiento en los Estados

---

(1) FRIEDRICH MAGER y ULRICH SPINNARKE, *Was wollen die Studenten?* Frankfurt, Fischer, 1968, pág. 60.

(2) Para aquellos que desean a la teoría crítica enterrada y sus supuestos durmiendo una beatífico sueño, cabe recordar aquí que un teórico marxista reciente recoge esta línea de análisis (que hace años hubiera parecido sacrilegio), dando ya por supuesta la conexión de todo tipo entre liberalismo y fascismo. Véase el último capítulo del libro de UMBERTO CERRONI, *Teoria politica e socialismo*, Roma, Editori Riuniti, 1973. De modo muy similar, REINHARD KÜHNEL, *Formen bürgerlicher Herrschaft*, Hamburgo, Rowohlt, 1971.

Unidos: «El movimiento por la libertad de palabra en Berkeley, que da la señal para el comienzo de la rebelión en las universidades, representa, al mismo tiempo, la protesta contra la opresión del movimiento a favor de las libertades civiles en las universidades» (3).

No obstante, sería una representación falsa de los hechos pretender explicar las actividades del movimiento antiautoritario, especialmente en los años de 1960 a 1970 como si fuera tan sólo una crítica radical-demócrata frente a la restauración de los métodos autoritarios en las sociedades industriales avanzadas. Tal cosa es, por cierto, parte de las raíces del movimiento antiautoritario en la teoría (en sus orígenes, la oposición al *Obrigkeitsstaat* alemán), pero, a su vez, ésta obliga a aquél a avanzar y a proceder a un enfrentamiento radical con la sociedad contemporánea. Es decir, lo que el movimiento antiautoritario acabó aceptando como fines programáticos no era la preservación del uso más o menos libre de ciertos derechos políticos en un contexto general de dominación, sino la articulación de formas nuevas de relaciones humanas basadas en la racionalidad y la libertad. De esta forma, también, el movimiento antiautoritario pensaba ingenuamente estar inmunizándose contra toda posible complacencia a causa de la integración por vía de las garantías de derechos y libertades formales que el capitalismo puede conceder siempre que no pasen de contemplación piadosa a una exigencia de participación. El punto de vista del movimiento antiautoritario, por tanto, era global y se pretendía incorruptible. Como lo ha expresado Paul Breines en su estudio acerca de la influencia de Marcuse en el movimiento estudiantil de aquellos años: «la nueva izquierda surgió de algo más que una mera conciencia del desfase entre el ideal y la realidad en la vida americana, por más que éste es uno de los problemas en que más ha concentrado sus energías» (4).

Asistimos aquí a la configuración del grupo teórico que, recogiendo buena parte de las tesis de la teoría crítica, ha de acompañar al movimiento antiautoritario en su etapa ascendente.

## II. LA NUEVA IZQUIERDA

En la medida en que la nueva izquierda elabora la teoría crítica como teoría de la totalidad social y señala las condiciones precisas para la renova-

(3) SUSANNE KLEEMANN, *Ursachen und Formen der amerikanischen Studentenopposition*, Frankfurt, Suhrkamp, 1971, pág. 150.

(4) PAUL BREINES, «Marcuse and the New Left in America», en Jürgen Habermas (comp.), *Antworten auf Herbert Marcuse*, Frankfurt, Suhrkamp, 198.

ción completa de las estructuras sociales, se distancia de la izquierda tradicional cuyos fines originarios, irónicamente, eran los que hoy se propondrá la nueva izquierda, si bien expuestos con algo más de fatalismo económico y algo menos de amplitud humanizante. Ambos sectores se han influido mutuamente, sin duda, pues que la nueva izquierda no es, en parte, más que la vieja rejuvenecida; pero la que nos interesa a nosotros aquí es la izquierda específicamente nueva. Oelinger, quien retrotrae el origen de la teoría de la nueva izquierda hasta la crítica social de Marcuse, incluye los momentos esenciales siguientes en la formación del movimiento: a) las contradicciones inherentes al sistema, esto es, el sistema excluye a las masas de la participación en el proceso de producción, que va contra el principio de la «publicidad» en todas las esferas sociales; la relación entre la producción social «pública» y la propiedad «privada» de los productos, garantizada a través de la institución de la propiedad privada (5); b) la alienación de los seres humanos. Esta categoría une estrechamente a la nueva izquierda con la teoría crítica. Como dice Oelinger, «la inhumanidad de la sociedad consiste en la subordinación de las personas a intereses extraños. Las gentes no viven como sujetos, sino como objetos» (6); c) la estabilidad económica y política del sistema. Según esto, el Estado capitalista no sólo no realiza la tarea que prometió resolver, sino que ni siquiera lleva a cabo la función que Dahrendorf le atribuye como mediador de conflictos (7); d) rechazo y oposición total; aspecto éste especialmente conexo con la teoría crítica y, en concreto, con la filosofía de la negatividad (8). La nueva izquierda surge, por tanto, como constatación de la bestialidad del sistema de tecnología fascinizante y de la inhumanidad a que se reduce, en última instancia, la sociedad del capitalismo tardío. La barbarie bárbara de los Estados Unidos será, en bastantes casos, el fenómeno catalizador que obligará a muchos a tomar partido en las corrientes nuevas. Es el propio imperialismo el responsable de que tomen vigencia real conceptos empolvados como internacionalismo, solidaridad, etc., todo ello dentro del resurgir del Tercer Mundo. Oelinger recuerda, sin embargo, que la nueva izquierda también comprende un sector con clara tendencia a los análisis socioeconómicos de tipo marxista clásico. Y solamente en la medida en que la nueva izquierda consigue mantener las distancias frente a las normas más ortodoxas y tradicionales del pensamiento revolucionario, es capaz de percibir en su horizonte proble-

---

(5) JOSEF OELINGER, *Die neue Linke und der SDS*, Colonia, Bachem, 1969, pág. 42.

(6) *Id.*, pág. 45.

(7) *Id.*, pág. 47.

(8) *Id.*, pág. 49.

mas y puntos de vista originales. Gracias a esta su mayor independencia teórica, la nueva izquierda aparece en situación de reflexionar de nuevo sobre temas que el marxismo tradicional (9) nunca había tocado o había decidido abandonar como, por ejemplo, la pedagogía libertaria (10), una perspectiva revolucionaria en materia de sexualidad (11), etc. Al entrar en esta vía, parte de la nueva izquierda venía a coincidir con los autores de la teoría crítica, avalando el marxismo inquieto y brillante de estos. El meollo de la nueva izquierda (Baran, Sweezy, etc.) mostrará una gran resistencia al contagio crítico y se mantendrá, al principio, en la línea más inocua de los análisis y las profecías económicas. No obstante, no hay duda de que sus estudios sobre el imperialismo contribuyeron a elaborar, en gran medida, el ideario del movimiento antiautoritario.

### III. EL CAMINO DE LA ACCION

A medida que las corrientes nuevas universalizan su crítica, se aglutan y cobran bríos en la sociedad del capitalismo tardío que resulta cada vez más opresiva, en lo exterior a causa del imperialismo y en lo interior a causa de la institucionalización de la trivialidad cotidiana. Así, aquellas se ven obligadas a perfilar una praxis nueva, adecuada al cambio de la situación. El movimiento antiautoritario niega los supuestos esenciales de la sociedad burguesa en función de un ideal de emancipación humana que le obliga a denunciar como complicidad con el orden autoritario las actividades de las organizaciones sindicales y políticas de la izquierda parlamentaria. Desde el punto de vista de ésta, aquellos objetivos son utopías

(9) Al hablar del marxismo tradicional se hace referencia al marxismo defendido y propagado por la URSS, los países socialistas y los partidos comunistas más fuertes de Europa.

(10) Obras clásicas: SIEGFRIED BERNFELD, *Antiautoritäre Erziehung und Psychoanalyse*, 3 vols., Frankfurt, März Verlag, 1969, 70, 71. OTTO RÜHLE, *Zur Psychologie des proletarischen Kindes*, Frankfurt, März Verlag, 1970; OTTO FELIX KANITZ, *Das proletarische Kind in der bürgerlichen Gesellschaft*, Jena, Urania Verlag, 1925. Puntos de vista actuales aparecen en: Roter Kollektiv proletarischer Erziehung, *Soll Erziehung politisch sein?*, Frankfurt, März Verlag, 1970, y Zentralrat der sozialistischen Kinderläden West Berlin, *Erziehung und Klassenkampf*, Berlin Occidental, Thomas Bühler, 1969.

(11) La documentación en este terreno es mejor conocida; como ejemplo cabe mencionar la reedición de las obras de WILHELM REICH (no las traducciones americanas «arregladas», sino los originales) así como otros menos conocidos. Temas modernos: REIMUT REICHE, *Sexualität und Klassenkampf*, Frankfurt, Verlag Neue Kritik, 1970 y GÜNTHER AMENDT, *Sex-Front*, Frankfurt, Marz Verlag, 1970.

o, peor si cabe, provocaciones. El movimiento antiauthoritario impone como primera condición de su praxis la ruptura con los canales concedidos por el poder para manifestar la oposición y el desacuerdo. Esta actitud conllevaba una resistencia continua cotidiana frente al poder establecido y, también, una politización de todos los ámbitos de la vida privada de los ciudadanos. La forma nueva de praxis suponía la renuncia a las acciones aisladas de la oposición simbólica (12) y la extensión de la protesta y la negación a todos los momentos de la vida diaria, en el supuesto de que es a través de esta vida cotidiana sumisa por donde el poder garantiza la adaptación de los ciudadanos, fomentando la apatía, el apoliticismo y manipulando el terror psicológico ejercido a través de los medios de comunicación de masas, etc. El poder cuenta así con una población infantilizada, atemorizada por el recuerdo de alguna guerra anterior y cómplice en la tarea de reforzar los lazos mundiales de dominación imperialista, a través del apoyo a las sucesivas «administraciones» americanas y a la constitución de entidades como el Mercado Común. De este modo, la praxis nueva implicaba una superación de las formas tradicionales de organización y conducta y un empeño por «cambiar de función» (*umfunktionieren*, dirán los alemanes) las formas institucionales de la vida corriente, cuya validez ya no puede reconocerse. Se trata de que las universidades sirvan a nuevos fines, de que las fiestas y las manifestaciones tengan una proyección radical, de que las familias sean núcleos de educación revolucionaria, de que, desde lo que se viste hasta lo que se fuma, constituyan actos de rechazo continuo del sistema autoritario. Surgen así las comunas, los movimientos libertarios de nuevo tipo, los colectivos más o menos pedagógicos, las antiuniversidades (13), los «Teach-ins» (14), etc.

Pero, al tiempo que el movimiento antiauthoritario daba con formas nuevas en cuanto a la relación de la teoría con la práctica, incorporando la estética y la comunicación a la actitud política general de negación, las estructuras reificadas de la sociedad de la mercancía, las integraba en el mismo sistema de dominación y opresión que aquellas pretendían combatir. El movimiento se encontraba con que la eficacia de su acción dependía de las redes de distribución de mercancías y que soslayar éstas equivalía a silenciar el movimiento. Ello sin contar con las capacidades fabulosas de fabricación de sucedáneos de los grandes circuitos comerciales. Nada

(12) SUSANNE KLEEMANN, *op. cit.*, pág. 115.

(13) *Id.*, pág. 88.

(14) *Id.*, pág. 98.

más triste que ver en los anaqueles de las librerías/drug stores libros cuyo título era *¡Róbame!* (15).

En realidad, la teoría crítica, al clarificar para el movimiento antiauthoritario los motivos de la rebelión en una sociedad caracterizada por la «tolerancia represiva» convertía en un motivo más el hecho fatal de que la sociedad acabe reincorporando al movimiento antiauthoritario. Ello quiere decir que la teoría crítica, en su lucidez, cumple la función doble de dar comienzo a un movimiento y mostrarle, al propio tiempo, los límites de su acción e, incluso, avisarle de su propia muerte. Lo que estaba por ver era si el movimiento antiauthoritario sería capaz de constituirse en una especie de *perpetuum mobile* de la protesta y la rebelión, de si podría articular una práctica no integrable. Es claro que, como quiera que el movimiento sólo puede explicarse en función de los intereses, de lo que se trataba era de levantar conciencia de unos intereses trascendentales cuya satisfacción implicara la necesaria muerte del poder autoritario. O, dicho de otro modo, de convertir el proceso en una protesta política. Las condiciones para ello eran duras; en uno de sus textos más penetrantes, Adorno explica el destino de toda protesta a nuestra sociedad: «Lo que se suele oponer a cualquier crítica de las tendencias de la sociedad moderna es que las cosas siempre han sido así. Este entusiasmo crítico, se nos dice, contra el que hemos de precavernos a toda costa, tan sólo prueba la falta de comprensión de la inmutabilidad histórica, falta de comprensión que todos denuncian orgullosamente como una forma de histeria. Además, se sospecha que el culpable de tal pecado, en realidad, trata de beneficiarse ganando prestigio, siendo así que aquello por lo que protesta es bien conocido, sin importancia y sin interés. La evidencia de la injusticia ayuda a su sublimación: como todos la conocen, nadie la menciona y, bajo el manto del silencio, continúa sin molestias» (16). En el momento en que la teoría crítica, remachada con el pesimismo que transpira la cita adorniana, pronuncie el responso por el movimiento antiauthoritario, éste buscará romper los lazos, acusando a la teoría de traición.

---

(15) Por no mencionar los negocios que se han hecho con los retratos del «Che» Guevara —vivo y muerto—, símbolo doble de rebelión terciermundista y coronación del mal gusto de las boutiques de moda. La cultura en pleno sufre un desplazamiento: el cine ya no glorifica el galán duro y la rubia rolliza, sino que, aparentemente acusador, habla contra los mismos que lo producen. Los espectáculos ya no son para «pasar el rato», sino «para reflexionar» o para «concienciarse», giro sutilmente píeñido de una civilización ahita.

(16) THEODOR W. ADORNO, *Minima Moralia*, Frankfurt, Suhrkamp, 1970, pág. 314.

## IV. EL FRACASO DE LA ACCION

Atrapado en un cepo, entre una teoría que condena la praxis y una praxis que se subleva contra la teoría, el movimiento antiautoritario se divide en dos sectores, ambos negando la vigencia de la teoría crítica: el primero que rechaza explícitamente las conclusiones cognoscitivas de la teoría crítica y termina postulando la acción inmediata en cada situación, dentro de la violencia de la vida cotidiana (17); el segundo que vuelve a la búsqueda de formas más tradicionales de praxis revolucionaria, las organizaciones clásicas de los partidos de la izquierda y el dogmatismo de la vieja teoría política revolucionaria. Esta escisión no es comprensible si no se tiene en cuenta la evolución del movimiento antiautoritario en sus relaciones con la teoría crítica y, al mismo tiempo, el hecho de que el propio movimiento haya tropezado con las mismas dificultades que aquella teoría.

La primera dificultad gira en torno a la paradoja de tratar de abolir las diferencias entre la teoría y la praxis mediante la revolución de la realidad en una realidad que no tolera más praxis que las formas socialmente admitidas. En su forma extrema, y entre los grupos que ignoran el efecto paralizante de las relaciones entre la teoría revolucionaria y la praxis social, se han de incluir los grupos terroristas urbanos, cuya táctica se puede considerar como la forma más extrema de la oposición extraparlamentaria (18). Las organizaciones extremistas terroristas hacen su aparición en las mismas fechas en las sociedades industriales avanzadas y comparten una serie de rasgos de tipo organizativo, programático e ideológico que permiten encuadrarlas en una manifestación común: la Fracción del Ejército Rojo en Alemania Federal; la Fracción del Ejército Rojo en Japón; los Weathermen en los Estados Unidos, etc. Estos grupos reflejan el hastío y la desesperación de sectores intelectuales desafectos al sistema, que buscan generar con su práctica justamente las condiciones revolucionarias que tenían que ser supuesto de aquella. Ulrike Meinhoff y Andreas Baader tratarán

(17) «¿Qué es la situación?» pregunta el grupo SPUR en Alemania Occidental, miembro de la Internacional Situacionista, «es la realización del juego supremo, más exactamente, es la provocación al juego, inherente en el presente humano. Los jugadores revolucionarios del mundo pueden unirse a la IS a fin de reemergir de la ahistoricidad de la vida cotidiana». Albercht Goeschel (comp.), *Richtlinien und Anschläge. Materialien zur Kritik der repressiven Gesellschaft*, Munich, Carl Hauser Verlag, 1968, pág. 9.

(18) «El único delito punible es el propio Estado», ANDREAS BAADER, GUDRUN ENSSLIN, et al., *Vor einer solchen Justiz verteidigen wir uns nicht*, Voltaire Flugschrift, nr. 27.

de crear en la República Federal de Alemania una situación similar a la del Uruguay de la época. El Estado que aprobó las *Notstandsgesetze* ha de estar en situación de aplicarlas y de demostrar con los hechos la brutalidad de su condición. Lo cierto es que el Estado aprovechó la situación para criminalizar a la totalidad de la izquierda y, al mismo tiempo, gozó de la complicidad de sectores muy amplios de la población. En cualquier caso, de no adoptarse cualquiera de las dos actitudes, la teoría crítica había de llevar al movimiento antiautoritario a un callejón sin salida, forzándole a aceptar la situación de continuar arrastrándose en una sociedad cuya crítica y abolición resulta, al mismo tiempo, condición necesaria de la teoría.

La segunda dificultad hace referencia al problema de la identificación del sujeto revolucionario. Sabemos que, excepción hecha de Marcuse, quien en *El hombre unidimensional* (19) aisla a ciertos sectores de la población como los sujetos de un proceso revolucionario histórico, el resto de la teoría crítica carece de héroe para oponer a su villano. Confrontada con los hechos asombrosos e inexplicables del triunfo del fascismo y el nazismo, ante la pasividad o colaboración de gran parte de la clase obrera, la teoría crítica había terminado por regresar al espíritu y al proceso de la conciencia histórica en términos hegelianos. En el caso del movimiento antiautoritario, las dificultades aparecen en la relación entre la teoría y la necesidad. En esta situación, cuando el movimiento antiautoritario busca al sujeto revolucionario, únicamente puede ir a encontrarlo fuera de sí mismo, esto es, en el proletariado, cuya adaptación al sistema opresivo, por lo demás, es evidente (20). En realidad, el movimiento obrero, convertido en pieza esencial del sistema capitalista del Estado del bienestar no solamente no ofrece una alternativa de emancipación a lo existente, sino que también constituye un obstáculo real a tal alternativa (21). Existe una especie de pacto o de complicidad implícitos hoy día entre el movimiento obrero y el Estado en las sociedades industriales avanzadas; algo que hubiera hecho soñar a Lassalle y Bismarck. El movimiento obrero precisa del Estado para afianzar su posición y garantizarse un incremento paulatino pero seguro del nivel de vida. Por otro lado, el Estado precisa de un movimiento obrero organizado y reivindicativo con el que amenazar de vez en cuando a las clases dominantes. La colaboración del movimiento obrero es, además, necesaria para que

(19) HERBERT MARCUSE, *One Dimensional Man*, Londres, Sphere, 1970, págs. 194 y ss.

(20) PETER BRÜCKNER, *Zur Sozialpsychologie des Kapitalismus*, Frankfurt, Europäische Verlaganstalt, 1972, pág. 125.

(21) JOSEF OELINGER, *op. cit.*, pág. 69.

el Estado justifique su intervención de continuo a través, entre otras cosas, de la administración de la plusvalía social que, si en un último término parece ser beneficiosa para la totalidad social, a quien beneficia sin duda alguna es a la clase capitalista. Lo que el movimiento obrero no ha de hacer es traspasar los límites y exigir, por ejemplo, un grado mayor de participación o, pongamos por caso, un control paritario en las decisiones de inversión financiera. El sindicalismo de las sociedades industriales avanzadas es un factor de equilibrio esencial en el capitalismo tardío. El sistema mejor organizado y, también, posiblemente, el más corrupto, es el de los sindicatos americanos; sigue, quizás, la DGB alemana, la TUC inglesa, etc. En esta situación, el movimiento antiautoritario muestra, bien contra su voluntad, la agonía del idealismo en la historia: las teorías de la emancipación total del hombre y la organización de una sociedad racional no alcanzan poder material porque no enraizan en las masas. Pero ello, sin duda, no les resta ni un ápice de su importancia intrínseca.

#### V. PURIFICACION Y HUNDIMIENTO

En la ausencia del sujeto revolucionario y confrontado con el hecho de la división en dos corrientes, una utópica y otra dogmática, el movimiento antiautoritario acabó volviéndose contra la teoría crítica que lo había generado.

La prensa liberal contestó a la violencia callejera del movimiento antiautoritario con un lenguaje que era calificativo y condena de los sucesos y, al propio tiempo, descubría el rostro del enemigo al que el movimiento apuntaba. La opinión pública, cuya ilustración era objetivo del movimiento, se hacía eco de términos como «fascismo de izquierda» y «anarcofascismo». La discordancia entre fines propuestos y resultados reales había de alcanzar su prueba evidente cuando Jürgen Habermas utilizó el término «fascismo de izquierda» para calificar las acciones del movimiento antiautoritario (22). Cierto, como señala Oskar Negt, Habermas no utilizaba la expresión en el mismo sentido que la prensa liberal sino, más bien, para mostrar los peligros de un empleo autodestructivo de la violencia, fácilmente integrable en el sistema. De hecho, Habermas admite la legitimación del movimiento antiautoritario a través de lo que él llama el empleo de la «violencia demostrativa» que, a fin de alcanzar a la opinión pública, puede verse obligada

---

(22) Cf. JÜRGEN HABERMAS, *Protestbewegung und Hochschulreform*, Frankfurt, Suhrkamp, 1970.

a quebrar algunas normas represivas (23). Es claro que este problema remite de inmediato al muy espinoso de la legitimidad en el uso de la violencia. Esta no puede venir dada por la convicción del sujeto, por muy respetable que ella sea, sino, en todo caso, por el carácter objetivamente beneficioso del fin perseguido. Tal carácter, claro está, no resulta sencillo de determinar y mucho menos, en las condiciones de un Estado de Derecho en el que el poder aparece como neutral, refrendado en todo momento por la voluntad mayoritaria. En esta situación, el uso de la violencia sólo puede justificarse argumentando que esa voluntad mayoritaria es ilusa. Pero este es un terreno resbaladizo.

No obstante, no hay duda de que, para una teoría interesada en unirse a la praxis a través de la violencia social, con el fin de contrarrestar la violencia estructural de las instituciones, la necesidad de distinguir entre la «violencia autodestructiva» y la «violencia legítima» plantea un problema de supervivencia, a menos que busque refugio en las especulaciones resignadas de una contemplación enemiga del contacto con la realidad. Todo ello, además, tanto más grave cuanto que el sistema consigue unos aliados formidables en la institucionalización de sus oponentes, cuyo status peligra al detectarse similitudes entre ellos y los grupos extremistas y radicales.

El problema es, sin embargo, que la base y la tendencia de origen en la acusación primera de la teoría crítica, subsisten como amenaza. Ensoberbecido por una población infantilizada, el poder toma caracteres progresivamente más autoritarios. Aún tratando de excular a Habermas, Oskar Negt no puede negar el hecho de que quien quiera que utilice el término «fascismo de izquierda» está ayudando a minimizar la gravedad de un peligro mucho mayor: las formas autoritarias de dominación contra las que primero se orientaba la teoría crítica. «Aquellos que hablan de terror y de fascismo en relación con el movimiento estudiantil, dirigido contra el sistema, el aparato y las instituciones (y no contra las personas) debieran recordar que la degradación oculta de los hechos básicos y la destrucción de las instituciones democráticas en beneficio de la racionalidad tecnológica ya están preparando el terreno sobre el que ha de crecer un fascismo nuevo» (24). Esta advertencia podría entenderse como la señal de un intento por parte del movimiento antiautoritario para salvar el abismo que se había abierto entre el propio movimiento y la teoría que lo originara, pero no pasa de ser un reconocimiento estetizante.

(23) *Id.*, págs. 149 y ss.

(24) OSKAR NEGT, «Studentischer Protest — Liberalismus — Linksfaschismus», in *Kursbuch*, nr. 13, Frankfurt, Suhrkamp, 1968, págs. 179-189.

## VI. FINAL Y NECROLOGICA

El intento había de obtener un resultado muy débil; el abismo entre ambos sólo podía ahondarse, por cuanto que el movimiento se apartaba de los supuestos críticos originarios, uno de los cuales era, precisamente, la desconfianza frente a la acción como acción y como exigencia de organización. La teoría crítica destruyó el mito del *rol*, tan de moda en la sociología americana, apuntando al hecho de que constituye la base de una sociedad esquizofrénica, y no iba, por tanto, a dejar pasar la ocasión de denunciar unas organizaciones que pretendían ser instancias de realización de los seres humanos. Originariamente, la teoría crítica propugnaba —y orientaba— formas de organización flexibles que toleren la espontaneidad y la riqueza de propuestas, esto es, más que organizaciones, coordinaciones. Posteriormente, las organizaciones se van esclerotizando; ya no se adaptan a los individuos, sino que exigen de éstos comportamientos tipificados, en función de los cuales otorgan premios y castigos. Son organizaciones de militancia. Frente a ellas, la teoría crítica esgrime el ataque al autoritarismo y a los prejuicios.

La ruptura entre movimiento y teoría vendría dada por la necrología que Hans-Jürgen Krahl escribió sobre Adorno; necrología que quiere ser, al mismo tiempo, un réquiem por la teoría crítica escrito por el discípulo más adelantado de Adorno y dirigente del movimiento antiautoritario, que iba a morir poco después de su maestro. Krahl comienza advirtiendo que la biografía intelectual de Adorno aparece marcada, desde el comienzo, por la experiencia del fascismo y que su penetración sociológica, al percibir que «la perduración del fascismo dentro de la democracia» es más peligrosa que «la perduración de las tendencias fascistas contra la democracia», termina trasformada en miedo frente a la restauración fascista del capital monopolista (25). De este modo, Krahl arrebata implícitamente a la teoría crítica su pretendida validez cognoscitiva, es decir, hace a la teoría crítica víctima de su propio procedimiento psico-sociológico. El ensayo hermenéutico era, también condena. En definitiva, el miedo condiciona la teoría de Adorno. La acusación concreta de Krahl es que Adorno no consigue ver que la necesidad de la organización se desprende de su propia filosofía: «La contradicción objetiva en la teoría de Adorno apareció en conflicto abierto y convirtió a los estudiantes socialistas en adversarios políticos de su maestro

(25) HANS-JÜRGEN KRAHL, «An Obituary of Adorno», en *The Sociological Review*, vol. 23, n.º 4, Keele, 1975, págs. 813-834.

filosófico. Por más que Adorno penetró la ideología burguesa de la búsqueda desinteresada de la verdad como un fetiche de cambio de mercancías, también desconfiaba de los rastros de lucha política en el diálogo científico. Mas su opción crítica de que, si una filosofía ha de ser verdad, tiene que estar orientada inherentemente hacia la transformación práctica de la realidad social, pierde su fuerza vinculante si no es capaz de definirse a sí misma en términos organizativos» (26). Esto, sin embargo, no exime a Krahl de haber empleado un ardid: la contradicción entre el maestro filosófico y sus alumnos socialistas lleva la antinomia a la propia conciencia de estos. Y, en definitiva, pedir a Adorno que, además, hiciera de Lenin, explica suficientemente las relaciones de dependencia entre el maestro y los discípulos.

La ruptura con Adorno y la muerte de éste, así como el dogmatismo del movimiento antiautoritario y la nueva izquierda, hacen que el divorcio entre la teoría y la praxis resulte irreparable. Cada uno sigue ahora su camino. Alejado de la profundidad de juicio y de la corrección de análisis de la teoría crítica, la praxis antiautoritaria se convierte en la forma más institucionalizada de la izquierda tradicional o se lanza a una aventura de acción ciega de la que sólo cabe salir con las cabezas rotas, como dijera Adorno en una ocasión. Por otro lado, separada de la coordinación con la realidad social, la teoría crítica sólo puede hacerse acumulación de sabiduría contemplativa.

La ruptura es un ejemplo de distanciamiento entre pensamiento y acción que se da siempre que una teoría revolucionaria toma contacto con la realidad histórica y, en el curso de su interpretación, queda atrapada en ella. Tal es el motivo por el que resultaba importante que una parte de la teoría crítica, a despecho de los factores desfavorables, en lugar de refugiarse en una negatividad absoluta, ya denunciada por Hegel como irrelevante en el mundo, continúe analizando las condiciones necesarias para alcanzar la emancipación. Muy significativamente, este análisis se orienta hoy día en el sentido de coordinar los estudios políticos con los lingüísticos. Para Habermas y otros, la represión se instala ya en el orden de la comunicación (es grande la tentación de ver aquí una investigación nostálgica acerca de los rasgos que bloquearon, impidieron y, finalmente, destruyeron la comunicación entre los teóricos críticos y los miembros del movimiento antiautoritario). Preciso es, por tanto, averiguar cuáles son las estructuras que reprimen la comunicación y por qué vías se llega a una comunicación humana emancipada.

---

(26) *Id.*, pág. 832.